



CHARLIE

Un viaje hacia tu deseo

© Beatriz García de la Rosa Expósito

Primera edición: junio 2020

Ilustraciones: Mariló Escamilla Albentosa

Maquetación: Signo Comunicación Consultores · signocomunicacion.es

ISBN: 978-84-09-20805-0

Depósito Legal: M-13998-2020

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en su totalidad ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, electro-óptico, por fotocopia, por grabación audio, o cualquier otro método sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.



CHARLIE

BEATRIZ GARCÍA DE LA ROSA EXPÓSITO

ILUSTRACIÓN: MARILÓ ESCAMILLA ALBENTOSA

AGRADECIMIENTOS

Quiero ser sincera y honesta contigo y decirte que no soy escritora.

El camino que me ha llevado a escribir este cuento es largo, diría que es un compendio de mis experiencias vitales, formaciones diversas, acompañamientos personales y profesionales, lecturas e inquietudes, amistades y largas noches de encuentros conmigo misma...

Y es, precisamente, a todos los que me habéis acompañado, a quiénes quiero agradecer, porque me habéis inspirado, formado, escuchado, motivado, impulsado, amado... porque habéis creído en mí, me habéis ayudado, me habéis abierto posibilidades, cuestionado, empujado...

Estoy segura de que todos y cada uno de vosotros sabréis posicionarnos en mi agradecimiento.

Todos y todas estáis en este cuento y en mi corazón. ¡Gracias!

Y, en especial, gracias al equipo Charlie: Loli, sin ti Charlie no tendría imagen. El camino que hemos recorrido ha sido tan bonito que lo repetiría y prolongaría en el tiempo; Rubén, sigo conectándome a mi emoción cuando vi por primera vez a Charlie chocando su palma conmigo, me encanta como se mueve y es gracias a ti; Mónica, sin tu ayuda, Charlie no tendría esa magia que posee y esas ganas de comunicarse; Virginia, sin ti Charlie no poseería el conocimiento...

INTRODUCCIÓN

Desde muy jovencita trabajé, tuve mucha inquietud por ser independiente. Siempre me fue bien hasta que decidí quedarme embarazada y a la empresa donde trabajaba no le gustó mi idea: decidieron enviarme al paro. Acabamos en los tribunales (la demanda la puse yo) y gané. Un despido improcedente. Algo es algo.

Así fue como decidí poner mi talento, mi gran tenacidad y mi indemnización a disposición de mi sueño: tener mi propia empresa.

Un año después fundaba Enjabonarte, una cadena de tiendas de jabón. Un sueño en el que muy pocos creyeron y en menos de cuatro años logré sumar más de 30 establecimientos.

Y siempre con mi bastón, ¡marcando mi rumbo!

Hasta que un buen día, decidí ocuparme de mi alimentación, de mi hogar...y poco a poco mi estilo de vida fue cambiando...Llegó un momento en el que me sentía muy lejos de lo que un día llegué a percibir como un hijo más, mi empresa.

Seguir en el mismo estado, era vivir en un funeral continuo. Así que cogí mi bastón de mando y conseguí cerrar el ciclo anterior dando vida a éste.

Estudí PNL, pensando en acompañar a las personas en cambios alimenticios. Fue en una práctica con un compañero que quería cambiar su actividad laboral cuando me di cuenta de lo que realmente quería hacer: acompañar procesos de cambio. Me convertí así en una portadora de visión. Durante mucho tiempo estuve acompañando a personas que buscaban lograr su sueño, su deseo; se convirtieron en “mis estrellas”.

Ellas me permitieron ser testigo de auténticos procesos de transformación, de casi casi, lo que llamaríamos magia. Un día alguien muy especial me dijo “La magia es pensar, decir y hacer”.

La magia de conseguir nuestros deseos, de llevar una vida con propósito, desde la ilusión y la seguridad de que no estamos solos, porque somos muchas personas las que deseamos llevar una vida libre, con la confianza de ir consiguiendo nuestros deseos y ser testigos de nuestra propia vida, una vida plena. Así nació CHARLIE.

Y para que esa magia esté en ti, he utilizado los cuentos, recordando los círculos que se forma-

ban en los pueblos, aldeas, plazas, donde un contador de historias aparecía y hacía aflorar el impulso y la magia del autoconocimiento a través de ellos.

Charlie el emprendedor, lo es porque emprende su camino con el afán de conseguir su propósito y, desde ese conocimiento del propio recorrido, pone su historia a disposición de todos para que cada uno pueda crear la suya propia.

El método Charlie te acompaña para cumplir tus deseos y, si no tienes claro lo que desees, también te facilita las herramientas para soñar.

Con el método Charlie y sus 6 fases puedes conseguir todo aquello que te propongas.

Nos han contado que esto de conseguir lo que se quiere es una utopía, que no puede ser... ¿Quién o quiénes deciden qué persona puede y logrará su libertad para conseguir sus deseos? ¡Eso lo decides tú!!

Nacemos y nos desarrollamos según un entorno, familia, colegio, religión, país...Esto nos condiciona a una edad en la que no podemos discernir. Desde muy pequeños nos cuentan lo

que debemos hacer y quiénes vamos a ser. Nos condicionan, unos por amor y otros por interés. Ha llegado el momento de coger tu bastón, tu poder, y de que decidas dónde te vas a posicionar para vivir y hacer realidad tu sueño.

He sido testigo de muchos sueños, de muchos deseos, de muchos cambios...

Mi propósito es: "Que todas las personas puedan ser libres para crear su realidad".

Puedes acceder a nuestra página web www.metodocharlie.com y saber más del método Charlie, de cómo nació y de cómo obtener la app.

Te invitamos a unirte a nuestra Comunidad en Facebook ([Método Charlie](#)) e Instagram ([@metodocharlie](#)), pensada para que todos podamos compartir nuestro viaje con Charlie, teniendo así la oportunidad de crecer mucho más, y hacerlo en grupo.

Nos encantaría contar con una reseña tuya en Amazon, convirtiéndote así en cómplice para conseguir nuestra meta: "Que este cuento llegue a tantas personas como sea posible". Sin duda, puede ser el mejor regalo.

PRÓLOGO

El presente relato presupone que quien lee sea el protagonista de una iniciación hacia el sí mismo. De hecho, la historia llama a reflexionar sobre diversas preguntas existenciales en las que el autoconocimiento es el común denominador.

En todo su desarrollo seguimos al protagonista en sus caídas y obstáculos que se interponen entre él y su sueño.

Es interesante la escena final de la historia en la que se aspira a una unión del protagonista con el todo, que puede traducirse como una unificación espiritual con la naturaleza, lo que los Románticos denominaban “En Kai Pan” (el Uno y el Todo).

Es fácil identificarse con el protagonista, al cual encontramos en una situación inicial de abandono de sí mismo, y sentir cómo un sueño tiene la capacidad de motivarle y motivarnos de tal manera, que nos lleve a emprender una aventura arriesgada y mágica.

Es una historia bien tejida, en la que cada paso conduce de manera natural al siguiente, para desembocar todos ellos en un final sorprendente.

Dr. Octavi Piulats,
profesor de Filosofía de la UB

Carme Arrufat,
escritora y terapeuta

“La vida no es significado;
la vida es deseo.”

Charles Chaplin



LA PUERTA DEL SUEÑO

Una tarde de verano, Charlie caminaba por la ciudad; perdido como siempre, no tenía claro su rumbo ni tampoco tenía ganas de descubrirlo.

Le costaba mucho andar. Un buen día había decidido meter los pies en cubos de cemento, pensando que así ya no tendría miedo; creyó que estaría más seguro y anclado a la tierra; aunque esto le impedía caminar con ligereza, le pesaba tanto y le resultaba tan doloroso que cualquier movimiento tenía que ser pequeño.

Hasta ahora así habían pasado sus horas, días, semanas y años: amarrado, confundido por creer que su decisión le haría sentir más estable.

Esa «seguridad» tenía color, era del mismo color que el cemento de los pies: gris. Sus horas, días, semanas, meses y años habían sido muy grises.

Aquella tarde algo extraño pasó. Charlie decidió hacer algo diferente, algo que rompiera con su aburrida rutina: iría al parque, aunque esto le costara muchísimo.

Al entrar en los jardines se encontró con mucha gente, unos iban en bicicleta, otros hacían footing, otros paseaban de la mano, otros estaban tendidos al sol, todo era

movimiento y el corazón empezó a palpar por cuenta propia como un loco. Charlie pudo escuchar su latir, se conmovió, hacía mucho tiempo que pensaba que lo tenía congelado porque ni lo sentía ni lo escuchaba.

Charlie estaba aturdido cuando, de repente, tropezó con un adoquín y cayó al suelo. Bajó rodando por una ladera verde y, al llegar al final, quedó tumbado, mirando al cielo.

Fue entonces, allí tendido, cuando Charlie descubrió una belleza de una inmensidad oceánica, algo sin igual. No podía dejar de mirar, no entendía cómo hasta ese momento no había visto el encanto del cielo.

Reflexionó: ¿por qué nunca se había fijado en ello?

Se dio cuenta de que siempre había estado mirando hacia abajo, nunca se había dado la oportunidad de mirar hacia arriba, el peso que portaba en sus pies se lo había impedido.



Acostado, cerró los ojos y tuvo un sueño: podía «alcanzar las nubes», estaba entre ellas, las sentía como si fueran olas de espuma, todas diferentes, con diversas intensidades y espesores.

Soñó que jugaba con ellas, que se envolvía en ellas, era tan real lo que estaba viviendo que el corazón cada vez palpitaba más y más rápido. Estaba muy excitado, en ese momento abrió los ojos y lo supo, entendió que tenía un deseo secreto y lo deseó como nunca antes había deseado nada.

Quería «conseguir unas alas».

Conectó de nuevo con su sueño y se imaginó con aquellas alas: anchas, de plumas blancas, mulliditas, esponjosas, suaves como el algodón, fuertes como las alas de un avión.

Las alas le permitirían volar, subir al cielo y jugar con las nubes.

Fue entonces cuando sintió una profunda alegría y una fuerza increíble. Rebosaba confianza.

Desde ese mismo momento haría lo necesario para convertirlo en realidad. Iniciaría su camino para encontrarlas.

Decidió que lo primero sería quitarse el cemento de los pies, necesitaba ser más ágil. Fue entonces cuando Charlie, con determinación y sin vacilación alguna, dio un gran golpe seco con cada pierna estrellando los bloques de cemento contra el suelo, haciéndolos añicos.

Charlie se puso en pie y golpeó con más y más fuerza las piernas contra el adoquín, consiguiendo así liberarse de todos los restos del cemento.

Ya liberado de aquellos pesados y grises bloques encontró una ligereza sin igual. ¡No andaba, danzaba! Su ritmo era cambiante, los pies querían descubrirlo todo, investigaba todos sus movimientos, se dejaba llevar por sus impulsos.

Empezó a caminar apoyando la punta del pie, dejando que el cuerpo rebotara, creciendo y decreciendo. Iba así, mirando a las nubes.







Sus ojos estaban muy abiertos y despiertos. Le gustaba ese caminar.

Emprendería un largo viaje en búsqueda de las alas y sabía que en el camino encontraría muchas situaciones en las que necesitaría de su nueva mirada, y de ese nuevo caminar.

Debía encontrar algo que lo ayudara y lo impulsara.

Entonces le vino a la cabeza la similitud de ese movimiento con el de unos muelles. Se acordó de que, años antes, alguien le había regalado unos que estarían olvidados en algún rincón de su casa, guardados porque nunca supo qué hacer con ellos. Pensó: «si me pongo los muelles en los zapatos me será más fácil este movimiento, me

permitirá descubrir e investigar todo lo que encuentre en mi camino, avanzaré con más rapidez y estaré más cerca del cielo».

Buscó sus muelles y los encontró. Eran perfectos, su tamaño y grosor se ajustaban de manera increíble, además el tiempo no había pasado por ellos.

Con ellos conseguiría atravesar todas sus etapas, pasando de lo ordinario a lo extraordinario.

Rápidamente llevó sus zapatos y sus muelles al zapatero del barrio. Al día siguiente, ya los tenía.

Charlie emprendió su nuevo camino.

Sabía que el mundo estaba lleno de posibilidades para conseguir su sueño, lo había descubierto.

LA PUERTA DEL DESEO

Charlie comenzó su aventura.

Volvió al parque donde tuvo el sueño y allí tirado en la ladera al girar la cabeza encontró una zona de arbustos con un hueco para entrar. Esto le llamó poderosamente la atención.

Era un laberinto, verde y frondoso, muy apetecible para explorar.

Charlie sacó sus muellezapas de la mochila y se los puso. Sabía que necesitaría de su nueva mirada, había llegado el momento de estrenarlos y hacer su camino.

Al entrar en el laberinto, descubrió que se trataba de un «laberinto mágico», tenía una forma rara, en espiral. Según lo recorría se abrían y cerraban puertas, tomando formas diferentes. Fascinado, decidió entrar por una de ellas.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, quería entrar en esa habitación pero las piernas se le paralizaban; en ese instante cerró los ojos y se vio con las alas, aquello fue el impulso que le empujó a abrir aquella puerta.

Charlie se encontró con una majestuosa sala: era ovalada, de mármol rosado, altísima, sostenida por unas imponentes columnas redondas con capiteles. Entre los pilares había unos sillones formando un círculo y en el centro de este un punto rojo.

Charlie estaba sorprendido de lo que estaba viendo.

De pronto escuchó un golpe seco, la puerta por donde había entrado se cerraba.

Al girar la cabeza vio como esta desaparecía.

Al volver a girarse quedó atónito, todos los asientos del círculo estaban ocupados por personas mayores, vestidos con túnicas y capuchas blancas, algunos de ellos con largas barbas blancas amarillentas.

Estaba muy asustado. Comenzó a caminar sobre sus muellezapas hacia ellos con la intención de que le aclarasen qué estaba sucediendo, quiénes eran, dónde estaba la salida, qué hacía él allí, qué querían de él, por qué él.

Todos estaban en silencio, un silencio espeso y cortante. Charlie, entendió que debía colocarse en el centro, dentro del círculo rojo. Al situarse, uno de ellos, el más anciano, comenzó a hablar:

Estás en «la Sala de la Palabra», somos el Consejo de las Personas Sabias. Estamos aquí para ayudarte. Sabemos que quieres conseguir un deseo. Tuviste un sueño.

»Nosotros seremos quienes evaluaremos si ese deseo te corresponde o no, si es un deseo que va en línea con tu Ser o no.





»Si es un sí, podrás continuar con tu viaje. Si es un no, volverás al parque y aparecerás de nuevo tirado en la ladera con tus bloques de cemento en los pies.

Charlie estaba muy asustado y confundido.

Exhausto, empezó a dudarle todo: su sueño, su inicio del viaje. Sintió como error hasta el haberse desprendido de su cemento, al menos antes llevaba una vida gris pero segura, conocía su rutina diaria y, aunque le pesaba mucho y le molestaba, nadie le preguntaba ni le cuestionaba. De repente empezó a sentir mucho miedo, una parte de él quería desaparecer sin más, esconderse, encontrar una salida y huir.

Entonces un gran agujero se abrió en la pared. Sin vacilación se dirigió hacia él y con un salto desesperado se introdujo en su interior.

Ya dentro, seguía desconcertado, no veía nada, estaba todo muy oscuro, era una especie de cueva, ahí se sentía más tranquilo, al menos allí estaba solo y nadie le cuestionaba .

De pronto vio dos luces, eran dos ojos redondos como soles que lo miraban fijamente; aquella era una mirada apacible, desprendía luz, se trataba de una Búho.

De repente el animal le habló:

—Hola, estoy aquí para darte un mensaje:

«Debes navegar por tu oscuridad y obtener la llave para acceder a todo tu poder personal».

Charlie le dijo: —Tengo mucho miedo, no tengo claro si realmente mi deseo es real o es un sueño inalcanzable.

»Me gustaría conseguirlo, aunque no siempre se consigue lo que uno anhela, y tampoco sé muy bien si es lo que realmente quiero o no. No sé muy bien cómo lo voy a lograr. ¿Quién soy yo para merecer tener mi deseo?

»Antes tenía los pies tan amarrados que no me permitían moverme, pero no tenía que poner en duda nada. Ahora que estoy más ligero y he descubierto todas las posibilidades, debo cuestionarme y eso me aterra.

La Búho le habló de los miedos, de su naturaleza, de la necesidad de darles la bienvenida, «están ahí como amigos para desempeñar un papel, para mantenernos en alerta, pero no para dejarse secuestrar por ellos, solo acogerlos», le dijo.

Charlie se vio reflejado en los inmensos ojos de la Búho y aquel terror se fue disipando. La luz de la mirada del ave se intensificó hasta convertirse en un intenso haz que penetró en él, ocupando el lugar que antes había ocupado el miedo.

La luz le ayudó a conectar con su «yo auténtico», comprendiendo todo con una transparencia absoluta y total.

Ahora, fascinado por la idea que acababa de descubrir, salió de la cueva con decisión y aplomo, ya nada le podía impedir conseguir su sueño.

Se dirigió al centro de la sala y de nuevo se puso encima del círculo rojo, esta vez seguro y confiado.

Charlie ya sabía lo que quería, ya había encontrado lo que le movía, lo que le apasionaba, lo que daría sentido a su existencia.

De nuevo, el anciano Sabio se puso en pie y le preguntó:

—¿Sabes ya lo que quieres y deseas?

La sala majestuosa se hizo eco de la pregunta, sonó tantas veces como personas sabias había allí sentadas.

Charlie con la cabeza erguida y sereno contestó con voz muy clara y bien articulada:

—Sí, sí sé lo que deseo, quiero, y lo voy a conseguir. Está en mi camino. Desde este momento estaré

comprometido conmigo y con mi propósito.

—Muy bien, le contestó el sabio. ¿Y qué es lo que quieres conseguir?

—Unas alas.

—¿Unas alas?

—Mis alas, ellas me ayudarán a construir el mundo que siempre he anhelado. Gracias a ellas podré ayudar a otros a abrir sus alas y juntos volaremos para crear un mundo más libre.

Charlie acababa de superar su primera prueba.

El Sabio se acercó al centro y entregó a Charlie un anillo diciéndole:

—Este anillo es un anillo de poder, él porta toda tu Luz, con él podrás vencer a todos tus villanos. Recuerda: el poder de la luz está en ti, en tu interior.

En aquel mismo instante, la cúpula de la sala se abrió dejando entrar los rayos del sol en todas las direcciones, todo estaba iluminado.

Charlie acababa de invocar su Deseo.



LA PUERTA DE LA CREACIÓN

Charlie no sabía cómo lo iba a conseguir, tampoco le preocupaba mucho. Lo que sí tenía muy claro era lo que deseaba y su propósito.

Sin vacilación alguna de un salto salió por la cúpula.

Era increíble, conseguía sobrepasar los edificios más altos de la ciudad. De un único brinco salió de la gran urbe y en tres impulsos más llegó a las afueras.

Era verano, tiempo de la cosecha, atravesó muchos campos, unos estaban cultivados, otros los estaban cosechando.

Uno le llamó poderosamente la atención, recordándole su etapa vital anterior. Tenía un gran cortijo y en el cielo de este reinaba una gran nube gris.

El cortijo era inmenso con varias construcciones de adobe y con una extensión increíble.

Se podía intuir que tenía grandes posibilidades pero en él no había ningún movimiento, no se veía a nadie. Parecía que sus campos estaban sin cultivar, llevados al abandono.

Le llamó tanto la atención que de un gran salto se plantó en él, quería averiguar qué estaba sucediendo allí.

Charlie se quitó sus muellezapas y llamó a la puerta; salió una señora pálida, muy flaca, todos los huesos se le marcaban, estaba doblada, enco-gida, como si el tiempo la hubiera entumecido. Al

instante apareció un señor sin apenas fuerzas y Charlie apenas sintió la palma de su mano cuando se la tendió para saludarlo.

Con miedo y muy poca emoción lo invitaron a entrar.

La casa estaba muy dejada, el polvo se había adueñado de ella. Daba la sensación de que el tiempo había ido muy en contra de su belleza porque de fondo se sentía algo grandioso.

Ya sentados en su salón mantuvieron una conversación muy larga y deprimente, donde el hombre y la mujer eran los únicos que hablaban, siendo sus desdichas y todas las carencias que soportaban el centro de atención.

La señora observaba a nuestro joven Charlie y pensaba cómo podría aprovecharse de él, qué podría sacarle; ese pensamiento la llevó a invitarlo a quedarse en su cortijo.

A la mañana siguiente, la pareja esperaba a su invitado con un tazón de leche y unos pocos cereales.

Charlie, al terminar su desayuno les explicó como él había vivido envuelto en una gran nube gris; les contó cómo sus horas, días, semanas, meses y años habían sido grises; pero ahora ya no, en este momento vivía plenamente, feliz, con entusiasmo y agradecimiento, estaba en su camino, en el camino de su propósito y esto le había cambiado poderosamente la vida.

Ella muy atenta a lo que Charlie le decía le pidió que le contara su sueño y Charlie sin vacilación alguna lo hizo.

Y lo hizo con tanto entusiasmo que ella se hipnotizó y soñó su propio sueño:

Soñó que sus campos se cubrían de trigo y crecían; toda la cosecha era tan abundante que apenas quedaba cielo en el horizonte.

La hizo sentir «madre», madre de sus campos.

Sobre sus anchas caderas se sostenían sus campos que crecían y jugaban al son de aquellas. Era una madre muy generosa y abundante, con una intención muy clara: dar frutos. Se sentía plétórica, poderosa, sabía que podía incluso vencer a las plagas que intentaran acercarse a sus campos, nada ni nadie le impediría ver crecer sus frutos.

Esto la llevó a recordar cuando era niña y su pueblo se llenaba de camiones llenos de colectas, le hizo recordar el olor que estos desprendían, los colores, el aroma a tierra cosechada, los gritos de alegría de la tierra al culminar su acción, la abundancia y satisfacción de que había para todos. Las fiestas de la recogida con sus guisos compartidos, la alegría y los bailes entre los vecinos.

Entonces, recordó a su padre, un hombre práctico, organizado, su acción le posicionaba por encima del resto, era su poder. Siempre iba con un bastón. Este bastón era una pieza muy singular, su padre jamás se separaba de él, lo había heredado de sus ances-

tros y su pena fue no tener un hijo varón a quien entregárselo ya que se perdería toda la tradición.

Corrió a la cámara donde guardaba sus objetos de recuerdo y allí estaba, apoyado en la pared, y, con la misma singularidad de siempre, brillaba, el polvo no se había hecho con su luz, era de color amarillo como el sol y en su empuñadura tenía una inscripción: «las cosas no se dicen, se hacen, porque al hacerlas se dicen solas».

Muy emocionada, había entendido todo, cogió el bastón y se lo mostró a su marido diciéndole:

—Cariño, debes confiar en mí, a partir de este momento yo me encargaré de alimentar nuestros campos y tu recogerás sus frutos, juntos proporcionaremos alimento para todos.

Ante la visión del bastón, el rostro del hombre se iluminó y comprendió que su poder era la acción, la ejecución.

Tenía un horizonte, y sabía que junto a su esposa como equipo lo conseguirían; a partir de ese momento tenían un propósito juntos.

Con el bastón ya no tenía miedo, sentía su poder de control, de orden y perseverancia, con él sabía que decía adiós a su estado anterior donde estaba sumido en la incapacidad de gobernar incluso de sí mismo.

Cuando lo golpeaba contra el suelo, una acción quedaba marcada para su ejecución.

Con él podía vencer a todos los villanos.



Ella seguía creando en abundancia, ya no quería quitar nada a nadie, no lo necesitaba. Tan solo tenía que estar concentrada en su cosecha, abrazarla, cantarle, mientras su marido ponía orden en los campos.

El cielo dejó de estar cubierto por nubes grises y, en su lugar, un cielo azul precioso bañado por rayos de sol y con nubes juguetonas de fondo de escenario lo sustituían.

Todo cambió.

El cortijo se transformó en algo grandioso, a lo lejos se sentía la armonía, la alegría y la felicidad. Todos querían trabajar allí, reinaban los colores, los olores, los sabores a guisos, los cantos, el buen orden y la buena faena.

Charlie estaba emocionadísimo, había presenciado y vivido la regeneración de aquel cortijo y sus campos. Había aprendido una gran lección.

«La vida es abundante. Si tú lo planeas, conseguirás lo que te propongas».

La mujer tomó entre sus manos las manos de Charlie y no hicieron falta palabras. El hombre lo miró con dulzura a los ojos y le hizo entrega del bastón...

Al sostenerlo y apretarlo contra el pecho, Charlie pudo comprender que él también necesitaba de acciones concretas para alcanzar su sueño y se sintió lo suficientemente capaz para desarrollarlo. Sabía que acababa de concluir una nueva etapa de su camino.

Un paisano del cortijo le había contado a Charlie que había muy cerca de allí un «lugar sagrado» al que muy pocos se atrevían a acceder y que al parecer proporcionaba información para conseguir tus deseos.

Charlie marcó esta tarea como el primer paso de su plan de acción en la búsqueda de sus alas.

LA PUERTA DE LA DETERMINACIÓN

A la mañana siguiente, Charlie se despidió de sus nuevos y entrañables amigos, sacó de su mochila sus muellezapas y se los puso con mucha emoción, sabía que iba a travesar otra puerta de su camino.

Emprendió su viaje sin vacilación alguna. Iba feliz, muy alegre.

Bota y bota, mirando con entusiasmo todo lo que veía, saludando y sonriendo a todos los que se cruzaban en su camino.

No pasaron más de tres horas cuando finalmente llegó al lugar indicado.

Se trataba de una isla, debía de ser maravillosa, a lo lejos se veían asomar palmeras enormes, todo era verde, un verde eléctrico y un ambiente muy húmedo; al instante supo que se trataba de la selva.

Era muy especial porque para acceder a ella debías atravesar un templo, cuya fachada estaba decorada con figuras monstruosas de feroz expresión, utilizadas para espantar a los espíritus malignos.

Para poder llegar tuvo que coger un barco. El barquero le dijo que no le llevaría a la orilla, no se acercaría a más de 5 o 10 metros.

Muy decidido Charlie aceptó sin más y, según se iban acercando, Charlie iba sintiendo un hormigueo en el estómago muy agradable e impulsor. Cuando estaban en el punto acordado, Charlie botó con sus muellezapas, y fue tal el impulso que de un solo salto llegó a la orilla.

Sin tiempo que perder se dirigió al templo.

Al llegar vio que estaba abierto, así que nuestro amigo se dispuso a entrar.

De repente se cerraron las puertas, fue tan rápido que no le dio tiempo a poner el pie dentro.

Tres Gárgolas aparecieron.

Las tres tenían rostro y busto de mujer, con patas de leones y garras de águila. Poseían una larga cola de dragón. Se apreciaba en ellas una diferencia en la corona que portaban y que ensalzaba su larga melena. Una llevaba una corona de espinas, otra de serpientes y la tercera era de fuego.

Con cara de pocos amigos se posicionaron en la entrada del templo, impidiendo así su acceso. Charlie se acercó con cautela y les preguntó:

—¡Hola! Para entrar, ¿sabéis qué tengo que hacer? Debo encontrar mis alas y me dijeron que aquí me podrían ayudar.

Las tres se rieron a la vez y se dispusieron de manera más firme para impedir su entrada. Charlie no entendía nada, había llegado hasta allí, tan solo pedía entrar y esto parecía que no se iba a producir, ellas no estaban por la labor de que Charlie accediera a la isla.

Charlie se retiró de la puerta principal y empezó a estudiar la manera de entrar por otros sitios. No lo encontraba y según avanzaba el tiempo comenzó a sentirse mal, muy debilitado, su alegría y tesón habían desaparecido.

Finalmente se puso frente a las gárgolas y les preguntó con voz temblorosa:

—¿Qué debería hacer para entrar?

Las gárgolas volvieron a reír.

Charlie no encontraba la manera de acceder y cada vez se sentía más débil.

Una de las ellas lo retó:

—¿Por qué crees que dejaremos que esas alas sean para ti?

Otra siguió:

—¿Qué te hace pensar que ahora es el momento para conseguir tus alas?







Y la tercera añadió:

—¿Crees que te las mereces?

Charlie no podía contestar a esto y en la cabeza las preguntas de las gárgolas se repetían como ecos. No oía otra cosa, su pensamiento era circular, quedó atrapado en él.

Era tal su estado de ánimo que se tumbó en el suelo y, encogiéndose como un gusano, quedó inmóvil.

Alrededor de él se formó una cápsula, esta le impedía el contacto con el exterior. Quedó dentro de ella, maniatado, tenía cadenas en las manos y en los pies, rígido y con un único pensamiento: «¿quién te crees que eres?, eso no es para ti».

Charlie sentía esto como cierto, hasta ahora su historia de vida le había demostrado la veracidad de esta creencia, sentía que era parte de su identidad, recordaba a su padre diciéndole: «¿dónde vas tú?, eso no es para ti».

Esta frase era como una carcelera, tenía tanta fuerza en Charlie que lo ponía a su servicio, como un esclavo.

Charlie sentía que cada vez que cuestionaba la frase las cadenas le apretaban más. Encogido e inmovilizado pensó con pena, «si tuviera mis alas...».

Este pensamiento removió todo su ser, conectándolo de nuevo con gran intensidad con «el para qué» de su propósito, «ayudar a otros a volar, a ser libres».

Según lo pensaba, más fuerza tenía; se sentía como un avión a punto de despegar. Cerr  los ojos y al abrirlos de nuevo tenía un ojo frente a él del tamaño de una pelota.

Charlie no podía creerlo, estaba alucinado.

Los dos se miraban fijamente, era como si ese iris le hablara sin palabras, sentía que era parte de él, algo así como su tercer ojo. De repente de las pupilas de este ojo salieron rayos de colores y, formando un círculo, iluminaron la frente de Charlie hasta penetrar en la cabeza, portando luz y color a sus pensamientos.

Al momento, Charlie empezó a reafirmarse,  por qué las alas no iban a ser para él?,  por qué no se las merecía?,  cu ndo sería mejor momento para ello sino ese mismo?

Ya había empezado su camino y ya había atravesado el tramo más difícil: tomar la decisión.

Estaba en una encrucijada, debía elegir entre seguir con su propósito o volver al parque con sus cementos. Y eligió.

Pens  en las alas y embobado con ellas imagin  que estas lo salvarían.

Llegarían con una gran flecha para abrir la cápsula donde se encontraba, y mientras disfrutaba con estos pensamientos la cápsula se fue desintegrando.

En ese momento Charlie quedó en libertad.

Eufórico, seguro y confiado se volvió a encarar con las gárgolas, invitándolas a retirarse de la entrada del templo, les aclaró que no tenía nada que perder, su objetivo era muy claro y debía entrar al templo para acceder a la isla.

Tenía el firme propósito de seguir avanzando en su plan.

Fue tan contundente que las gárgolas agacharon la cabeza y se hicieron a un lado dejando libre el paso a «la Gran Isla de los Dioses».

La isla era increíblemente verde, llena de plantas exóticas de hojas anchas y de palmeras gigantes plagadas de racimos de plátanos. El fondo era el cielo, de un azul intenso, de una belleza y virgini-

dad que llegar hasta allí y poder contemplarlo era en sí un regalo.

Charlie, no había ganado ninguna batalla fuera de él, había ganado la Gran Batalla y esta había sido dentro de él.

Victorioso, feliz y con la fuerza de un volcán en erupción hacía su entrada en la isla donde sentía que ya estaba muy cerca de conseguir sus alas. Algo le empujaba y le hacía señales de que estaba en el Camino.

Acababa de atravesar el ecuador de su trayecto, había elegido y su corazón le había liberado.

Ya podía continuar su viaje por aquel laberinto, en búsqueda de su siguiente puerta.



LA PUERTA DE LA MATERIALIZACIÓN

Charlie estaba inmerso en una explosión de energía que lo impulsaba, cuando de repente sus muellezapas se transformaron.

No podía creerlo, desde el pensamiento podía activar sus muellezapas y se convertían en cohetezapatos.

Así todo ocurriría más rápido. Era increíble, todo le sucedía según lo planeaba, encontraba todos los recursos que iba necesitando, estos aparecían sin más.

Estaba fascinado, nunca antes se había sentido con tanta confianza. Algo se había transformado dentro de él al conseguir entrar en la isla.

Botaba y volaba, una y otra vez. Enloquecido, salió disparado por el cielo.

Voló y voló sin rumbo definido, sentía que se estaba acercando a la consecución de

su propósito, cada vez estaba más cerca del éxito. Tenía las señales suficientes como para saber que su deseo ya le correspondía.

Estaba tan contento, tan alegre que no podía parar de saltar y volar. Volaba y saltaba sin saber muy bien hacia dónde.

Toda su explosión de alegría lo llevó hasta una zona de montañas rocosas. Charlie jugaba a botar y volar entre acantilados y montañas.

Recorría un cañón cuando de pronto, al intentar subir, quedó enganchado en una rama que sobresalía de la montaña y no había visto. Llevaba tanta fuerza que salió despedido por el aire y cayó al suelo.



Charlie quedó inconsciente, malherido y con sus cohetezapatos desbaratados. Pasó tiempo hasta que despertó. Se encontraba fatal, muy dolorido, había recibido un duro golpe.

Ahora se encontraba tirado en el suelo, entre dos acantilados. Era un desfiladero sin salida, muy profundo.

Estaba muy oscuro, no sabía el día ni la hora, no tenía idea de cuánto tiempo llevaba allí ni de dónde estaba; había saltado y volado sin ningún rumbo y esto hizo que estuviera totalmente desorientado.

Cuando miraba hacia arriba y guiñaba un ojo conseguía ver un poquito de cielo, era como una cueva con más de tres mil metros de altura de paredes rocosas y afiladas. Angustiado, no veía la manera de salir de allí con sus cohetezapatos rotos, sin fuerzas, dolorido.

No encontraba el porqué estaba allí ni para qué. Se sentía derrotado, pensaba que la vida no lo estaba tratando bien, ya que cuando parecía que iba a conseguir su propósito de pronto era víctima de los deseos del azar.

Vencido, cerró los ojos y entró en un profundo sueño velado, consciente; en él hizo un viaje, recorriendo todas las puertas del laberinto que lo habían llevado hasta allí:

La Puerta del Sueño,

La Puerta del Deseo,

La Puerta de la Creación,

La Puerta de la Determinación.

Revivió todas las experiencias y sensaciones que había atravesado.

Una sonrisa se le dibujó en el rostro. El viaje había merecido la pena.

Estuvo a punto de conseguir su propósito, de llegar a la meta, de tener sus alas. Esas alas que él ya había sentido y visto como propias, esas alas que le ayudarían a conseguir su objetivo.

Volvió a sentir las, a verse con ellas, acordándose de una frase: «El secreto de tu fuerza está en la fuerza de tus deseos».

Inmediatamente abrió los ojos y se puso en pie.

Primero investigó visualmente todo su entorno, no dejó ni un hueco por explorar, después intentó escalar; le fue imposible: las manos y los pies no estaban preparados para ello. Aun así siguió intentándolo, hasta que las heridas en las manos y pies se lo impidieron.

Un águila que sobrevolaba el cielo lo observaba desde hacía un buen rato.

Era un águila muy especial, en su vuelo dejaba un haz de luz que cambiaba de color pasando del rojo al naranja, del naranja al amarillo y así hasta el violeta, formando un arco iris en el cielo.

Charlie al principio pensó que se trataba de un buitre, que estaría esperando para degustarlo. Nuestro amigo no se achantó y gritó al animal en tono jocoso:

—¡¡Eh!! ¡¡Tú!! ¡Baja! No te tengo ningún miedo. No esperes y baja. Un poco de compañía me vendrá bien.

El águila cada vez se acercaba más y Charlie, maravillado por la majestuosidad del animal, quedó inmóvil apreciando el movimiento de este y la huella que iba dejando de luz.

Una vez abajo, el águila se le posó en el brazo.

Charlie estaba impresionado por semejante belleza. Tenía un plumaje marrón chocolate con tonalidades doradas, el pico era tan fuerte que parecía de acero y las garras tan seguras que lo mantenían erguido en posición real. Era muy elegante, los ojos transmitían vivencias y sabiduría.

Charlie entendió que la fuerza del águila procedía de su calma interior, de la confianza en sí mismo. El águila dominaba sus circunstancias, indicando una gran fuerza de voluntad.

El águila habló a Charlie:

—Llevo tiempo observándote y hay algo que me intriga y me gustaría preguntarte: ¿qué haces aquí?, ¿cómo llegaste hasta aquí?

—Yo volaba y volaba, estaba eufórico, confiado, alegre. Celebraba que estaba en mi camino y sin darme cuenta me desvié de él.

»Hasta ahora he atravesado diferentes puertas, siendo cada una de ellas distintas etapas. En cada una de ellas he tenido aprendizajes que trascender.

»Sé que ahora estoy ante un abismo pero con la confianza de poder encontrar la solución y continuar con mi viaje hasta conseguir mi propósito.

El águila lo escuchaba muy atento. Lo miraba tranquilo, y de manera muy compasiva le dijo:

—Debes confiar y aceptar, así es el Gran Juego de la Vida. Así dominarás tus instintos y la materia. Debes integrar y dominar tu propósito para ponerlo a disposición del mundo. Uno de los mayores secretos es la perseverancia y la tenacidad para seguir tu plan.

»Con la emoción de estar llegando a la meta, de estar en el camino, te desviaste y, al perderte, todo se vino abajo como si de un castillo de naipes se tratara.



Charlie le dijo:

—Te pido que me ayudes a salir de aquí; sé que puedo continuar para encontrar mis alas.

Charlie cerró los ojos y lo deseó con tanta fuerza que el águila, asombrado de la energía que nuestro amigo desprendía, lo enganchó con sus garras poderosas y lo elevó hacia lo más alto de la montaña. Charlie abrió los ojos y vio cómo se elevaba, los pies se distanciaban cada vez más del suelo, llegando incluso la montaña a parecerle una hormiguita. Estaban sobrevolando el cañón, no tenía miedo, estaba tranquilo, sereno, con la confianza de que le ocurriría lo perfecto. Charlie sabía que lo que le estaba sucediendo era muy especial, pensaba que jamás podría contarle porque no le creerían, ¿sería magia?

Entonces se acordó de algo que alguien le dijo una vez:

«La magia es pensar, decir y hacer». Él nunca había entendido este mensaje, ahora empezaba a comprenderlo, lo estaba atravesando.

El águila lo llevó a su cueva y allí le entregó una corona de laurel en señal de reconocimiento de su hazaña, de ser un valiente por haber recorrido su camino, por su fuerza, por su humildad para reconocer sus aprendizajes, por su perseverancia y no rendición y por su confianza al haber encaminado su plan.

Charlie conseguía atravesar la puerta que representaba su fase 4.

LA PUERTA DEL APRENDIZAJE

Se hizo de noche, la cueva estaba muy oscura, Charlie no conseguía ver nada, notaba la presencia del águila; su respiración era tranquila, muy pausada. Esto le inspiraba confianza y, aunque no veía nada, sentía aquel lugar como si fuera su hogar.

Nuestro amigo se sentó frente al águila en posición de loto y comenzó a respirar con el mismo ritmo que el animal, y se sincronizaron tanto que parecían una sola presencia.

La mirada de Charlie estaba hacia sí mismo, sintiéndose; no tenía ningún interés en lo que sucedía fuera de él. En ese momento supo que necesitaba sus muellezapas, suerte que había podido recomponerlos y los llevaba en su mochila.

Se los puso.

De pronto una luz interior empezó a brotar de Charlie.

Los ojos parecían dos bombillas. De la boca, al abrirla para tomar aire, salían destellos, el pecho se abrió y el corazón iluminó toda la cueva.

Charlie brillaba como una estrella.

Esta luz hizo que nuestro amigo atravesara un recorrido mental de todo su viaje, de todo su proceso y de todos sus aprendizajes. Estaba integrando lo que le había sucedido, estaba poniendo luz a su proceso.

Todo había sido perfecto.

Charlie ahora veía a los que creía enemigos como sus grandes aliados, ellos le habían empujado a crecer y caminar.

El águila quedó fascinado, encantado, quería formar parte del propósito de Charlie, entendió que él podía culminar el deseo, él tenía lo que Charlie buscaba y por otra parte pensó que a él Charlie le daba sentido con su decidido propósito.

Juntos podrían recorrer nuevos mundos, nuevas aventuras desde otra perspectiva, sin miedos de tener otro aspecto, otro pensar, mucho más enriquecido siendo dos.

El águila entendió que Charlie lo había estado buscando y él sin saberlo también buscaba a Charlie.

Al fin se habían encontrado.

Se miraron de frente fijamente, se clavaron la mirada. Charlie iluminaba tanto que de los ojos parecía salirle fuego, el águila no podía sino introducirse en aquella luz, dejando la oscuridad para iluminarse.

De un destello, se fusionaron.

El águila entró en Charlie, uniéndose, se convirtieron en uno.

Charlie se transformó, ahora tenía la mirada del águila, observadora e intuitiva, segura y con una fuerza como si el fuego siguiera saliendo de sus ojos.

Era una mirada aguda y penetrante, a nadie le pasaba desapercibida.

De los omoplatos le empezaron a salir las alas, de plumas blancas con reflejos dorados que le permitían disfrutar de la libertad.

Ahora, cada vez que Charlie abriera las alas, facilitaría que otros pudieran abrir las suyas, cumpliendo así con la misión de su propósito.



X



«Conseguir un mundo más libre».

Charlie era otro.

Entendía que debía festejarlo y así ponerse a disposición de su nuevo camino, pues la llegada a destino no es el capítulo final que concluye la obra, sino el primer capítulo de la obra siguiente.

Con su luz, giraba como una estrella más alrededor del sol, giraba y giraba brillando en el cielo, agradeciendo y entregándose a su camino, ese gran camino en espiral lleno de aventuras, aprendizajes, logros y deseos.

FIN

Esto es más que un cuento,
es una historia en la que eres protagonista.

Charlie será tu bastón para conseguir tus deseos,
te acompañará, te guiará, será tu compañero
impulsor... pero en realidad, la historia que construirás
será la más emocionante:

la tuya.

